

LIBROS CRÍTICAS

CRÓNICA

Discutible Talese

POR M. Á. BASTENIER

Si “Un bel final tutta una vita onora”, ¿qué le hace un discutible final a la ejetutoria, hasta ahora impecable, de uno de los grandes nombres del periodismo mundial, que a sus 85 años no puede estar sino en la última etapa de su carrera? Gay Talese (1932) es ese profesional. El periodista italoamericano que fue uno de los creadores, en los años sesenta en los que reportaba para *The New York Times* y *The New Yorker*, del llamado *nuevo periodismo*, aquel en el que el autor se identificaba y era una presencia activa ante el lector, que fabricaba lo que también hoy se llama *periodismo narrativo*, tan frecuentemente literario que podía bordear los límites de la ficción, ha publicado un libro-reportaje en el que lo que bordea son los límites mismos del trabajo periodístico. *El motel del voyeur* es uno de esos ejemplares, pero con características muy particulares. Más que una obra directamente salida de la pluma de Talese, es un diario con comentarios del periodista, obra de un tal Gerald Foos, propietario de un motel en el que se dedicaba, a través de unos conductos secretos especialmente fabricados para ello, a espiar el comportamiento sexual de sus huéspedes y que afirma que hasta presenció un gravísimo delito, del que no dio parte a las autoridades.

El tal Foos es un enfermo, un tipo de una mente retorcida, que ha vivido para la contemplación del porno en directo, pero que se había autoconvencido de que era un científico social, un investigador de la conducta humana, mucho más auténtico que los que compilaban el famoso *Informe Kinsey* sobre la sexualidad de los norteamericanos, porque los *cobayas* de estos últimos sabían que los estaban observando, mientras que sus experiencias estaban tomadas del natural, con el desconocimiento de los protagonistas, y con ello acreedores de una autenticidad sin mácula. Pero no acaba ahí la cosa, puesto que el periodista, para cerciorarse de que no le daban gato por liebre, había visitado los pasadizos desde los que se violaba de la manera más invasiva la intimidad del prójimo, y había incluso asistido a alguna de las escenas de ludibrio que el libro reseña.

La conducta de Foos, no sé si en EE UU, es potencialmente sancionable, aunque no reportar un grave delito tiene que serlo, resulta repetidamente inhumano, aparte de que tiene dudoso interés para todo aquel que no sienta un morbo parecido al del diarista. Y a mayor abundamiento, aunque no se dan nombres de los espías, aparecen suficientemente caracterizados como para que puedan ser identificados por familiares y círculo próximo, una vez que ha aparecido el libro. Ocurre que sin que haya que recurrir a la advocación de lo políticamente correcto, el periodismo, nuevo, viejo o paleolítico, no es eso. El periodista obtiene su material sin presentarse como lo que no es y menos aún sin que lo sepan los interesados, amén de que no todo es *reportable*, y hay que rechazar las oportunidades de ocasionar perjuicio a terceros así como poner en conocimiento de quien corresponda todo comportamiento que pudiera ser sancionable. Talese ha sido un gran innovador del periodismo, aunque no todos comprendamos la idea del autor casi tanto actor como narrador, y su obra sigue siendo, al decir de colegas y multitudes, muy grande. Lo que está, está, pero el probable colofón no honra al que lo firma. ¿Error, exceso de confianza? El propio periodista se interroga en algún momento sobre la legitimidad de lo que está haciendo sin que parezca que llegue a ninguna conclusión. Y no se ve forma de que esta sea positiva.

El motel del voyeur

Gay Talese. Traducción de Damià Alou
Alfaguara, 2017
234 páginas. 19,90 euros



Vista de Nueva Orleans tras el paso del huracán Katrina. AP

RELATOS

KO en seis asaltos

Tras ganar el Pulitzer con la novela *El huérfano*, Adam Johnson publica *George Orwell fue amigo mío*, media docena de cuentos que suman inteligencia y emoción

POR JOSÉ LUIS DE JUAN

Seis relatos que siguen la tradición estadounidense del *realismo sucio* constituyen este libro de Adam Johnson (Dakota del Sur, 1967). Su interés radica en la pureza de su prosa y cierta experimentación narrativa que intenta ir más allá de aquellos memorables cuentos de Raymond Carver en *Catedral*, sobre todo en extensión.

Los temas están escogidos con cuidado y atención a la modernidad de los tiempos: un informático de Palo Alto que concibe un programa en el que el presidente asesinado acompaña la soledad del internauta; un camionero que lleva con él a su hijo llamado Gerónimo y debe viajar de la Luisiana aislada por el Katrina a la Costa Oeste porque su padre se está muriendo; una mujer enferma de cáncer que se distrae haciendo un repertorio de “datos interesantes” de la sociedad y la vida; el encargo de una antigua prisión de la Stasi que pasea a su perro en Berlín y hace una crítica revisionista de la corrección política de la Alemania unificada; un reparador de ordenadores que copia carpetas de pornografía infantil con supuestos motivos de salvador de niñas y se ve enredado en la ambigüedad de la naturaleza humana; dos refugiados de Corea del Norte que en Seúl se dedican a denigrar a su patria chica en una sociedad que, en el otro extremo, tampoco es tan diferente de la odiada dictadura de la que huyeron.

Los seis relatos tienen en común una mirada inteligente, observadora de los detalles relevantes; un sentido del humor sin cinismo y una

intención vagamente didáctica, dejando al lector reflexionar sobre las opciones del personaje, de por qué es así y qué le ha sucedido que tiene relación con algunas de sus propias experiencias. Son relatos largos, cuya minuciosidad los hace muy visuales. Johnson intenta ser un artista imparcial, como lo fuera Hemingway en ‘Homenaje a Suiza’, y Carver en ‘El gordo’, y Faulkner en ‘Aquel sol de la tarde’; intenta destilar unas gotas de compasión en esas vidas condenadas. Es posible que a veces le tire más la peripetia humorística, la exposición del absurdo, la distancia o la altura desde la que mira.

Pero esa distancia o altura con la que arrancan algunos de los relatos se va diluyendo con un delicado *zoom* narrativo hasta calar en la emoción del lector, como en el caso de los norcoreanos DJ y Sun-ho, tal vez la pieza más lograda después de la brillante ‘Nirvana’, por su tono de comedia que encierra una profunda tristeza.

Aquí demuestra el autor americano su talento para la narración breve. Un buen relato debe noquear emocionalmente, desarmar la inteligencia del lector. Y eso es a lo que apunta Johnson con mayor intensidad que en *The Orphan Master's Son*, la novela que le valió el Pulitzer en 2013 y que la propia Seix Barral publicó en España dos años después con el título de *El huérfano*.

George Orwell fue amigo mío

Adam Johnson. Traducción de Carles Andreu. Seix Barral, 2017
306 páginas. 19,90 euros

NARRATIVA

Nocturnidad y surrealismo

POR JAVIER APARICIO MAYDEU

Breton, pope del surrealismo, publica en 1928 su novela autobiográfica *Nadja*, celebrado ejercicio de vanguardismo que serpentea por entre el recuerdo, la locura y las calles de París, entre imágenes que contribuyen a un hibridismo y a un desorden desquiciado que son capaces de fascinar al lector o de disuadirlo para siempre. Ese mismo año su compañero Philippe Soupault, con el que en 1920 había publicado ese libro mítico titulado *Los campos magnéticos*, saca a la luz la novela que nos ocupa, una de sus obras fundamentales y epítome de la verdadera poética del surrealismo, más allá de sus provocativos tributos al inconsciente y la excentricidad. El azar *avant toute chose*, la espera y “la monotonía de lo extraño”; la intriga (metafísica y policiaca a un tiempo) y la vida teatralizada, las imágenes orgánicas prestadas por la poesía (peces en un acuario “sorprendidos en el flagrante delito de existir”), la noche urbana y el claro de luna que Buñuel mató en *Un perro andaluz* porque los manifiestos vanguardistas prescribían su muerte. *Paris la nuit* y sus bulevares del vicio. El espíritu del *spleen* de un Baudelaire al que Soupault estudió. La concupiscencia del burdel y el *pipper-mint*. Todo bajo la dirección de un narrador en primera persona que ejerce de *flâneur* y de detective de la vida misma, que fluye ante los ojos del lector con un aire vagamente cinematográfico y ciertamente tan sórdido como perturbador. Es posible que comparta de un modo u otro aquel realismo metafísico que se acostumbra a asociar a otro gran narrador surrealista, Alberto Savinio, el autor de *La infancia de Nivasio Dolcemare* (1941), otro libro delicioso de una época febril, y el hermano de Giorgio de Chirico y amigo también de Cocteau, Picasso o Max Jacob, de los jerarcas de la vanguardia. En la obra de Savinio deambulan los personajes bajo un sol sofocante; en la de Soupault, bajo la tiniebla de una noche que, como

ha querido el talento del diseñador del libro, convierte el mapa de París en un atlas abreviado del firmamento. Una obra espléndida testimonio de un tiempo en que todo parecía querer ser cuestionado para ser enseguida reinventado.

Las últimas noches de París

Philippe Soupault. Traducción de José Ignacio Velázquez Ezquerro
Jus, 2017. 126 páginas. 13 euros